

EL SILENCIO

Un rayo iluminó el horizonte. No eran aún las seis de la tarde y apenas veía más allá de la luz que le proporcionaban los faroles del carruaje. Alzó la vista al cielo y 3 gotas cayeron sobre su rostro. Cogió su sombrero y se lo caló hasta las orejas. La tormenta llegaba antes de lo previsto.

Fustigó al caballo para que agilizara el paso. Las gotas se multiplicaban por momentos y un fuerte viento empezó a soplar. No conocía la zona, pero en el último pueblo le aseguraron que llegaría al siguiente antes del anochecer. No cabía duda. Se había perdido. Y el viento y la lluvia eran cada vez más fuertes.

Un nuevo rayo lo despertó de sus pensamientos. Éste había caído sobre un árbol a unos 50 metros a su derecha. Todo ocurrió en un segundo. El caballo relinchó sobre sus patas traseras y, acto seguido, el animal empezó a galopar enloquecido. Asíó fuertemente las riendas y no dejó de tirar de ellas durante algo más de un quilómetro. Cuando consiguió detener el carruaje, la tormenta era ya algo impresionante. Si no conseguía ponerse pronto a salvo estaba perdido. Fue entonces cuando vislumbró en la penumbra lo que parecía una cabaña.

Bajó del carruaje y, con las riendas aún en la mano, se dirigió hacia ella. Encontró un cobertizo donde ató al caballo y se acercó a un pequeño porche que hacía de entrada. En la puerta había un cartel, pero la oscuridad no le permitía leerlo. Pensó en encender una cerilla, pero el fuerte viento la apagaría al instante.

De pronto, una luz se encendió en el interior de la casa, seguido de un fuerte golpe.

“-¡Hola! ¿Pueden ayudarme? ¡Me he perdido!” Gritó. Pero no obtuvo respuesta. Golpeó con los nudillos el cartel que ahora podía leer: “Posada: El Silencio”. La puerta se abrió y tras dudar un instante, entró y cerró la puerta tras de sí. “-¿Hola?” Habló de nuevo...

Contempló a su alrededor. Se encontraba en una sobria sala, iluminada por una vela situada en el centro de una gran mesa de madera. En ella había servida cena para un comensal. Tocó el plato y comprobó, para su asombro, que estaba caliente. Junto a la vela encontró una nota:

“Bienvenido a la posada El Silencio. Esperamos la cena sea de su agrado, así como el dormitorio número 6, que ya ha sido provisto de toallas y sábanas limpias. El desayuno se sirve a las 7h.”

Ese sitio era un tanto extraño incluso para un vendedor charlatán como él, pero estaba hambriento y empapado y la tormenta le impedía continuar su camino, así que optó por devorar el plato y buscar el dormitorio donde pasar la noche. Cogió la vela e inspeccionó su alrededor. Al fondo de la sala se encontraban unas escaleras que descendían a un piso inferior. Tembloroso bajó por ellas. Ante él tenía un largo y angosto pasillo con puertas sólo a su izquierda. Una tras otra, las fue dejando atrás hasta llegar a una puerta roja con el número 6. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave.

En la posada reinaba el más absoluto silencio, cosa que no le tranquilizó demasiado. Volvió sobre sus pasos hasta el piso superior. Fue entonces cuando su rostro perdió color y notó cómo le fallaban las rodillas. Su plato de la cena había desaparecido, así como la nota, y en su lugar había una llave atada a un llavero con el número 6.

Miró a su alrededor atemorizado, pero la débil llama que sostenía en su mano no iluminaba toda la habitación. Demasiadas sombras, demasiadas dudas... Decidido a marcharse, se dirigió a la puerta de salida. La abrió y una fuerte ráfaga le hizo caer al suelo. Ante sus ojos contempló horrorizado cómo un huracán destruía todo lo que encontraba a su paso. No tuvo más remedio que cerrar de nuevo la puerta. Esta vez la oscuridad lo envolvía todo. El viento había apagado la vela. Escuchó un fuerte golpe en la sala que lo acabó de aterrorizar. Por suerte recordó la caja de cerillas en su bolsillo y volvió a encender la vela. Nadie a su alrededor... Silencio absoluto de nuevo... Muy a su pesar, se dio cuenta de que si quería sobrevivir al huracán, debería pasar la noche en aquella habitación subterránea.

Cogió la llave y corrió escaleras abajo. Un nuevo golpe tras él le hizo introducir rápidamente la llave en la cerradura de la puerta número 6. Sin darse cuenta, volvía a estar a oscuras. Esta vez en la habitación, apoyado contra la puerta temblando y jadeando. Buscó de nuevo las cerillas, pero no las encontró. El pánico se apoderó de él. Algo le había arañado el brazo. Se apartó de un salto y un segundo después sintió un fuerte golpe en la cabeza y se desplomó.

Cuando volvió en sí, vio que entraba luz por debajo de la puerta. No se oía nada. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero no pensaba permanecer si un minuto más en aquella posada. Se levantó mareado. Se sentía cansado y débil. Abrió la puerta y una explosión de luz cegó momentáneamente sus ojos. Sin mirar atrás corrió escaleras arriba. Al llegar a la sala principal vio que el desayuno estaba servido y una nueva nota descansaba a su lado:

“La posada El Silencio espera que haya tenido una feliz estancia”.

De repente, sintió una intensa punzada de dolor en la cabeza. Al dirigir sus manos hacia el núcleo del dolor sus dedos tocaron una sustancia viscosa... Miró sus manos... Era sangre... Volvió a palparse... y para su horror descubrió que ¡ya no tenía sus orejas! Tambaleándose cayó sobre la mesa y tiró el plato al suelo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que en lugar del estruendo del plato al romperse sólo oía... **El Silencio.**